

El burdel

I

Acudían allí los hombres á las once de la noche, del modo más natural del mundo, como se va al café.

Se reunían seis ú ocho, siempre los mismos, no calaveras impenitentes, sino personas respetables, comerciantes, jóvenes de la ciudad. Tomaban una copita de chartreuse retozando con las chicas ó hablando en serio con la *Señora*, por todos respetada.

Se marchaban antes de dar las doce. Algunas veces se quedaban los jóvenes.

La casa era patriarcal, pequeñita, pintada de amarillo en la esquina de una calleja, detrás de la iglesia de San Esteban; desde las ventanas se veía el puerto lleno de buques á la descarga, la extensa marisma llamada "la Retenue,, y más allá la costa de la Virgen con su antiquísima capilla de piedra gris.

La *Señora*, hija de una familia de campesinos aco-

modados del departamento del Eure, aceptó aquella profesión de igual manera que se hubiese hecho modista ó lencera. El prejuicio del deshonor que engendra la prostitución, tan vivo en las ciudades, no existe en la campiña normanda. Un aldeano dice: "Es un buen oficio,, y envía á su hija á dirigir un harém de rameras como la enviaría á regentar un colegio de señoritas.

Aquella casa provenía de la herencia de un tío de la *Señora*, que la dirigió durante muchos años. El *Señor* y la *Señora*, que eran posaderos cerca de Ivetot, se apresuraron á liquidar la hostería, pensando que el negocio de Fecamp era más productivo; y un día se presentaron á tomar la dirección de la casa, que iba de mal en peor, por falta de persona interesada que cuidara de ella.

Eran buenas personas que pronto se captaron el aprecio de su personal y de los vecinos.

El *Señor* murió de una apoplejía dos años antes. Su nueva profesión no le obligaba á ningún ajetreo violento, había engordado, le mató el exceso de salud.

La *Señora*, desde que era viuda, había sido solicitada en vano por los parroquianos. Se decía que era del todo virtuosa y sus mismas pupilas no la habían pillado jamás en un renuncio.

Era alta, gruesa, de buen ver. Su tez, que había palidecido en la obscuridad de aquella casa siempre cerrada, parecía relucir como si la hubieran dado barniz. Un cerquillo de pelo rizado rodeábale la frente y le daba un aspecto juvenil que no armonizaba

con la madurez de sus formas. Siempre alegre y dicharachera, bromeaba sin hacerse de rogar, pero con cierta reserva que sus nuevas ocupaciones no habían borrado del todo. Las palabras gruesas siempre la molestaban, y cuando algún muchacho mal educado llamaba por su nombre verdadero el establecimiento, se indignaba y protestaba. En una palabra, tenía el alma delicada, y aun cuando trataba á sus pupilas como amigas, repetía á menudo que "no eran de una misma calaña,,.

A veces entre semana partía en coche con unas cuantas mujeres y se iban á correr y divertirse á orillas del riachuelo que corre por el valle de Valmont. Jugaban y triscaban como locas, corrían y saltaban hasta perder el aliento, á fuer de reclusas enamoradas de la libertad del campo. Comían embutidos y bebían sidra sentadas en el verde césped, y volvían á casa al anochecer, con un cansancio delicioso, enternecidas, y en el coche besaban á la *Señora* como se besa á una madre cariñosa y complaciente.

La casa tenía dos entradas. En la esquina había un cafetín al que por la noche acudían gente del pueblo y marineros. Dos de las muchachas estaban destinadas especialmente á las necesidades de aquella parte de la clientela. Servían, ayudadas por un mozo, Federico, chiquitín, imberbe y fuerte como un buey, los jarros de vino y sidra, y echando los brazos al cuello de los parroquianos, sentadas sobre sus piernas, les incitaban á beber más y más.

Las otras tres muchachas (eran cinco en junto)

30509

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925

formaban una especie de aristocracia y estaban reservadas á la clientela del primer piso, á no ser que se necesitaran abajo sus servicios y no hubiese nadie arriba.

El salón de Júpiter, donde se reunían los burgueses de la ciudad, estaba tendido de papel azul y adornado con un dibujo que representaba á Leda y al cisne. Se llegaba á tal sitio por medio de una escalera de caracol que daba á una puerta de pobre apariencia sobre la cual brillaba toda la noche un farolito como los que aun se encienden en algunas ciudades al pie de las Virgenes empotradas en la pared.

El edificio, húmedo y viejo, olía á mohoso. A veces se sentía un fuerte perfume de agua de Colonia en los corredores y otras, por una ventana ó por una puerta abierta llegaba el estruendo de las canciones populacheras de abajo, que hacían fruncir el ceño á los señores del primer piso.

La *Señora* se mostraba muy amable con los parroquianos y gustaba de comentar las noticias de la ciudad que ellos le traían. Su conversación sería resultaba agradable mezclándose á la charla descosida de las tres mozas; formaba como un paréntesis á las frases picarescas ó descocadas de los barrigudos tíos, libertinos de pega que todas las noches se permitían el lujo de echar unas copitas en compañía de tales muchachas.

Las del piso primero se llamaban Fernanda, Rafaela y Rosa la Tarambana.

Como el personal era escaso se había procurado

que cada una de las mozas fuera algo así como una muestra, un resumen de un tipo femenino, á fin de que cada cliente pudiera hallar, hasta cierto punto por lo menos, la realización de su ideal.

Fernanda representaba la *rubia guapa*, alta, casi obesa, de carnes blandas, una campesina cuyas pecas se negaban á borrarse y cuyos cabellos lacios, cortos y descoloridos, semejantes á una madeja de cáñamo, apenas le tapaban el cráneo.

Rafaela era una marsellesa que se había arrastrado por todas las playas y representaba el tipo indispensable de la *hermosa judía*, flacucha, de pómulos salientes, revocados de rojo. Su pelo negro, reluciente á fuerza de tuétano de vaca, formaba ricillos en las sienes. Sus ojos parecieran bellos, si en el derecho no tuviera una nube. Su nariz aguileña caía sobre una mandíbula acentuada y en la boca dos dientes postizos resaltaban junto á los naturales que habían tomado el color de la madera vieja.

Rosa la Tarambana, parecía una bola de carne, bajita, barriguda; cantaba desde la mañana á la noche, tan pronto canciones obscenas como sentimentales, contaba cosas que á nadie interesaban; sólo cesaba de charlar para comer y de cantar para hablar; no se estaba quieta ni un momento; era ligera como una ardilla á pesar de su gordura, y de continuo resonaban sus carcajadas, compuestas de una serie de chillidos, ya en el salón, ya en la escalera ó en el café, que soltaba á tontas y á locas.

Las dos ninfas de la tienda eran Luisa la Cocote y Flora conocida por la Oca por su leve cojera. La

primera iba siempre vestida de *Libertad*, con una faja tricolor; la otra de española falsificada con el pelo color de zanahoria, adornado de monedas de bronce que se entrechocaban á cada uno de sus pasos desiguales. Ambas parecían maritornes en traje de carnaval. Hijas del pueblo, se parecían á sus iguales, no más feas ni más guapas, y en el puerto se las conocía por el alias de las dos Bombas.

Aun cuando sentían celos una de otra, por regla general reinaba completa armonía entre las cinco mujeres, gracias á la prudencia habilidosa de la *Señora* y á su constante buen humor.

El establecimiento, el único de la ciudad, era muy frecuentado. La *Señora* había sabido darle un aspecto distinguido. Mostrábase tan amable y servicial para todos; era tan conocido su buen corazón, que todos le guardaban ciertas atenciones. Los parroquianos procuraban serle agradables y se daban importancia cuando ella les manifestaba amistad más firme. Cuando durante el día tenían que verse para sus asuntos, se decían al despedirse: "Hasta la noche, donde sabe usted,,", como dirían: "Hasta el café.,"

En una palabra, el burdel era un recurso, y rara vez dejaban de acudir á él los parroquianos.

Acaeció que una noche, á fines de mayo, el que llegó primero, el señor Paulín, comerciante en maderas y ex-alcalde, halló la puerta cerrada. El farolito no ardía detrás de su reja y ningún ruido se oía en la casa, que parecía desierta. Llamó suavemente primero, después con más fuerza; no le contestaron.

Entonces se fué calle arriba andando despacio, y al llegar á la plaza del Mercado halló al señor Duvert, el armador, que iba al mismo sitio. Fueron juntos, sin resultado. De pronto oyeron un gran ruido á pocos pasos; era que un grupo de marineros ingleses y franceses llamaban á puñetazos á la puerta del café.

Los dos compinches se alejaron con rapidez, no queriendo verse comprometidos. Detuviéronse al oír un discreto ¡pst! que les dirigía el señor Tournevan, el pescadero. Le pusieron en autos y lo sintió de veras, porque, como era casado y padre de familia, sólo acudía allí los sábados "*securitatis causa*,,", como decía aludiendo á una medida de policía sanitaria de la que su amigo el doctor Borde le explicara la periodicidad. El cierre caía en sábado y no podría volver hasta la semana siguiente.

Los tres amigos fueron hacia el muelle y por el camino hallaron al joven Felipe, el hijo del banquero, que era también parroquiano, y el señor Pimpesse, el maestro de escuela. Juntos todos, probaron la última tentativa. Los marineros, indignados, sitiaban la casa, tiraban piedras, alborotaban, y los clientes del primer piso se alejaron mohinos.

También hallaron al paso al señor Dupuis, agente de seguros; luego al señor Vasse, juez del tribunal de comercio, y juntos todos se fueron hacia el puerto. Sentáronse en la escollera y miraron el desfile interminable de las olas. La espuma que coronaba sus crestas, formaba en la obscuridad dibujos luminosos que se apagaban en cuando relucían, y el ruido monótono del mar rompiendo en las rocas, se prolonga-

ba en la obscuridad á lo largo de la escollera. Al cabo de un rato de estar allí los aburridos calaverones, el señor Tournevan dijo:

—¡Qué aburrido es esto!

—Del todo—confirmó el señor Pimpesse, y se alejaron pasito á paso.

Después de seguir la calle que domina la costa, y que llaman "Bajo el bosque", atravesaron un puente de madera, pasaron cerca de la vía férrea y salieron cerca del Mercado donde estalló una disputa entre el maestro y el pescadero á propósito de una seta comestible que uno de ellos afirmaba haber hallado en las cercanías de la ciudad.

Agriados los ánimos por el aburrimiento, quizás hubiesen llegado ambos contendientes á las manos, á no mediar los demás. Retiróse ofendido el maestro y su partida fué la señal de un nuevo altercado entre el exalcalde y el agente de seguros acerca del sueldo que cobraba el maestro y las gangas que tenía. Las palabras injuriosas se sucedían y menudeaban cuando, de pronto, se oyó un formidable alboroto. Era que el grupo de marineros se había cansado de alborotar en la calleja y se retiraba por parejas vociferando de un modo descompasado. Los burgueses se ocultaron en el quicio de una puerta para dejar pasar á aquellos energúmenos que por fin se alejaron. Durante gran trecho aun se oyeron los clamores que disminuían como una tempestad que se aleja y el silencio se restableció al cabo.

Los contendientes, Paulín y Dupuis, furiosos uno

contra otro, se marcharon cada uno por su lado sin saludarse.

Los otros cuatro volvieron á ponerse en marcha é instintivamente se encaminaron al burdel. Continuaba cerrado, mudo, impenetrable. Un borracho, pacífico y obstinado, daba golpecitos en la puerta del café y llamaba á media voz á Federico el camarero. Viendo que no le contestaban, tomó el partido de sentarse en el escalón de la puerta en espera de los acontecimientos.

Los burgueses iban á retirarse cuando el tumultuoso grupo de los marineros reapareció á la entrada de la calle. Los franceses vociferaban la *Marseillesa*, los ingleses el *Rule Británica*. Hubo un ataque general contra las paredes y luego aquella manada de brutos se alejó hacia el muelle, estallando un combate entre los marinos de las dos naciones. De la lucha salió un inglés con un brazo roto y un francés con la nariz partida.

El borracho, que estaba junto á la puerta, lloraba como lloran los kurdas ó los muchachuelos contrariados.

Por fin se dispersaron los burgueses.

Poco á poco se restableció la calma. Sólo de cuando en cuando resonaban gritos y vociferaciones que se apagaban gradualmente.

El señor Tournevau era el único que erraba como alma en pena, desesperado por tener que esperar al otro sábado y esperaba alguna casualidad, exasperado de que la policía dejara cerrar de aquella ma-

nera un establecimiento de utilidad pública cuya guarda le está confiada.

Volvió hacia allí, buscando la causa del cierre, husmeando y vió al cabo un cartelón pegado á la puerta. Encendió una cerilla y leyó: "*Cerrado por una primera comunión.*„

Se alejó, comprendiendo que no tenía remedio su desdicha.

El borracho dormía tendido cuán largo era junto á la puerta inhospitalaria.

Al día siguiente todos los parroquianos hallaron medio de pasar por la calleja, llevando un fajo de papeles bajo el brazo para fingir que les obligaba un asunto urgente á pasar por allí y una ojeada furtiva les bastaba para leer el cartel misterioso: "*Cerrado por una primera comunión.*„

II

La *Señora* tenía un hermano carpintero en su país natal, Virville, en el Eure. Cuando aun era fondista en Ivetot la *Señora* fué madrina de una hija de su hermano, á la que puso el nombre de Constancia, Constancia Rivet. El carpintero, que sabía que su hermana había hecho fortuna, no la olvidaba por más que sólo se veían de tarde en tarde, ya que ambos se debían por entero á sus respectivas ocupaciones. Como su hija iba á cumplir doce años y aquel año haría su primera comunión, escribió á su hermana diciendo que contaba con ella para la ceremonia, aprovechando la ocasión para estrechar sus relaciones. Sus padres habían muerto y la *Señora* no podía rehusar aquel servicio á su ahijada. Aceptó, pues. Su hermano, que se llamaba José, esperaba que á fuerza de atenciones, quizás se decidiera á testar en favor de la niña, ya que ella no tenía hijos.

La profesión de su hermana no le empachaba lo